

Volver al después del contagio

Las post-epidemias argentinas de la colonia a nuestros días

Yolanda de Paz Trueba, Olga Echeverría,
Silvana A. Gómez y Lucía Lionetti (Coords.)



Volver al después del contagio

Volver al después del contagio : las post-epidemias argentinas de la colonia a nuestros días / Lucía Lionetti ... [et al.] ; Coordinación general de Yolanda de Paz Trueba ... [et al.]. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO/Facultad de Ciencias Humanas UNICEN, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-071-2

1. Sociología. 2. Pandemias. I. Lionetti, Lucía II. de Paz Trueba, Yolanda, coord.
CDD 301.098

Diseño de tapa: Ramiro López Crespo.

Corrección: Celia Ríos.

Diagramación: Nerina Menchón.

Volver al después del contagio

Las post-epidemias argentinas de la colonia a nuestros días

**Yolanda de Paz Trueba, Olga Echeverría,
Silvana A. Gómez y Lucía Lionetti**

(Coords.)



UNICEN
Universidad Nacional del Centro
de la Provincia de Buenos Aires



Facultad de
CIENCIAS
HUMANAS
UNICEN



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Volver al después del contagio (Buenos Aires: CLACSO, Diciembre de 2021).

ISBN 978-987-813-071-2



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Introducción	7
<i>Lucía Lionetti, Yolanda de Paz Trueba, Olga Echeverría y Silvana A. Gómez</i>	
La pospandemia entre los vaticinios de cambios profundos y las modestas oportunidades	25
<i>Diego Armus</i>	
La larga lucha contra el flagelo del “monstruomoteado”. De la inoculación variólica al descubrimiento de la vacuna	37
<i>Lucía Lionetti</i>	
Cuando la fe sana. Los recursos religiosos tradicionales en la enfermedad y la epidemia.....	83
<i>Jesús Binetti</i>	
Las epidemias, durante y después. Saber médico, competencias políticas y gente común: de acciones, resistencias y consecuencias.....	115
<i>Yolanda de Paz Trueba</i>	
No hay aquí inmunidad para nadie. Epidemias, imágenes y sensibilidades en Buenos Aires, 1857–1887	135
<i>Lucas Andrés Masán</i>	
¿Visitas inesperadas? Epidemias en la frontera de Buenos Aires en el siglo XIX	181
<i>Lucas Bilbao y Marcelino Irianni</i>	

De cómo las pandemias transformaron la ciudad donde vivís.....	227
<i>Jorge Troisi Melean</i>	
Ver para creer. Imágenes en revistas argentinas antes, durante y después de la <i>gripe</i> (1900–1930)	247
<i>Silvana A. Gómez</i>	
La Cruz Roja, la enfermería y la pandemia de influenza en el escenario latinoamericano (1918–1938).....	287
<i>Adriana Carlina Álvarez y María Silvia Di Liscia</i>	
Reflexiones sobre los cuidados sanitarios ante situaciones críticas en Argentina.....	315
<i>Karina Ramacciotti y Daniela Testa</i>	
Cuerpos débiles, voces silenciadas. La alianza médico–pedagógica en las escuelas y colonias de niños débiles	349
<i>Lucía Lionetti</i>	
El brote de polio de 1956: políticas sanitarias en disputa, asociacionismo y respuestas científicas	387
<i>Olga Echeverría</i>	
Prejuicios y estigmatización. Consecuencias psicosociales del Mal de Hansen.....	413
<i>Irene Molinari</i>	
VIH-sida: las políticas sanitarias y el activismo frente a la sanción moral, los prejuicios y el desconocimiento	439
<i>Olga Echeverría</i>	
A modo de epílogo	467
<i>Olga Echeverría, Lucía Lionetti, Yolanda de Paz Trueba y Silvana A. Gómez</i>	
Sobre los autores y autoras.....	491

¿Visitas inesperadas? Epidemias en la frontera de Buenos Aires en el siglo XIX¹⁰

Lucas Bilbao

Marcelino Irianni

Introducción

Tucídides, uno de los padres de la Historia, nos dejó una frase en parte inobjetable que acabó refugiándose en ámbitos académicos pero también en el mundo político: “no olvidar la historia para no repetir errores del pasado”. Pronta a cumplir 2 500 años, en momentos excepcionales que atraviesan pueblos, comarcas o países, la frase se abre como una flor hacia el pasado, encontrando situaciones similares, buscando soluciones posibles y actitudes necesarias. Innegablemente, aunque las personas aludan en forma cotidiana a un pasado reciente, pocos hurgan hasta el fondo del baúl. Llamativamente, Tucídides observó en aquel momento las consecuencias y actitudes de

¹⁰ Una versión provisoria y parcial de este trabajo se publicó en el *Semanario Contexto* (Las Flores) y los portales *La Síntesis* (Saladillo), *Ayacucho al día* (Ayacucho) y *El Diario de Tandil* (Tandil) en junio de 2020.

una peste desatada en medio de una larga guerra entre Esparta y su patria, Atenas.

Mil setecientos años más tarde, fallecía media Europa a causa de la peste negra. Y apenas doscientos después, los españoles provocaban la muerte de millones de indígenas con modestos resfriados y gripes, mientras avanzaban en busca de metales preciosos hacia el Cusco y el mundo azteca. Nadie esperaba que los reyes españoles, el analfabeto de Pizarro o un primitivo Cortés hubiesen previsto la magnitud catastrófica de aquel encuentro. La complejidad sociopolítica de los primeros Estados modernos, significó un verdadero paso de gigante para la humanidad, pero como tal, dejó huellas que destrozaron algunos espacios y gente con cada tranco. La tecnología marítima, la militarización, el mercantilismo, la exploración de rincones del planeta en busca de especies que desencadenó en la minería depredatoria y la explotación laboral moderna, brindó una dimensión migratoria, casi imperialista, y elevaron el estatus de unos virus apenas locales o regionales.

La revolución industrial fue, sin duda, otro escalón por el que las enfermedades no dudaron en trepar hacia una cuantificación imponderable de sus estragos. Algunos países como Inglaterra tomaron consciencia de haber reunido una flota para ir por materias primas y mercados para sus productos, mano de obra barata –o esclava– en esos sitios, capital acumulado a partir de la agricultura comercial que dejaba atrás el autoconsumo. El cercamiento de campos antes de uso comunal y el traslado masivo de campesinos en busca de trabajo en pueblos que contaban con novedosos talleres y fábricas, construyó un escenario de terror a la medida de pestes como el cólera. El hacinamiento en ciudades como la Roma antigua resulta incomparable, cuantitativa y cualitativamente, con los barrios apretados de casas desbordadas de proletarios, que acudían a los bares a tomar alcohol para no consumir un agua mortal, acaso para poder enfrentar la realidad de volver a su pequeña morada y encontrarse con un hijo muerto.

Sudamérica era entonces parte del mundo, de ese mundo tan distinto al de romanos y atenienses como Tucídides, de finales de un feudalismo socavado por el comercio, de conquistadores españoles devastadores. A mediados del siglo XIX, con chimeneas de fábricas lejanas, la viruela, escarlatina, sarampión, fiebre tifoidea y cólera también eran moneda corriente en concentraciones sociales de espacios agrícola ganaderos. Con Sarmiento como presidente, al finalizar la guerra con Paraguay comienza un trienio surcado por dos epidemias que zamarrearon el Río de la Plata: cólera y fiebre amarilla. Entre 1867 y 1871, los soldados que volvían de la selva paraguaya y los extranjeros que habían decidido probar suerte en esta parte del mundo escapando al centripetado de las fábricas, se repartieron las culpas sobre estas pestes a Buenos Aires, como señala el capítulo de Paz Trueba en este libro. Los saladeros que aprovechaban el cuero para la industria europea y la carne salada de los vacunos para los últimos países esclavistas, formaron parte del problema, arrojando sus desperdicios al riachuelo en la zona de las barracas, al sur de la ciudad. Todos tenían algo de razón, aunque difícil de probar con una sanidad en formación y una justicia inexperta en la temática.

Como fuera, en ámbitos donde la violencia y la muerte eran parte del paisaje cotidiano, los virus encontraban puertas abiertas, espacios donde moverse, sitios donde alojarse y arraigarse antes de ser descubiertos. Polizones en barcos y maletas, en carros y bultos, las bacterias podían ser parte de las migraciones humanas, de los traslados de gente a pueblos del interior, de movimientos del ejército hacia alguna de las fronteras. Ello explica la falta de asociación directa entre una epidemia y el hacinamiento fabril, más allá de que en muchos casos fuesen el punto de partida. La ciudad de Buenos Aires había tenido casos de cólera en 1818, 1832 y 1848 aislados en distintos barrios, no percibidos por el resto de la sociedad en una época de pocos periódicos y muchos analfabetos. Así, en la segunda mitad del siglo XIX, las epidemias se presentan como visitas inesperadas de alguien –un virus–, que asegura haber estado antes pero que pocos recuerdan. Esa situación, repetida entre 1868 y 1898, no preparó el

espacio para recibir una visita inoportuna que incomodaba pronto a los moradores del hogar y, como si fuese poco, se instalaba demasiado tiempo, tanto que provocaba que algunos familiares se fuesen para no volver. El país era el espejo de esas casas modestas, con pocos recursos para recibir a alguien, mucho menos una peste. En épocas de más tranquilidad que bonanza –en el caso argentino entre guerras civiles o con países vecinos–, los gobiernos construían edificios discutidamente indispensables, ensanchaban calles, emprendían obras de agua o alumbrado, hacían plazas y estatuas, armaban a las fuerzas del orden. Momentos de recursos escasos, proyectos para sociedades sanas, fe en que el medioambiente no sacudiría el paisaje con una inundación, una seca, un tornado y menos, una epidemia.

El Río de la Plata

Abrir este apartado recordando que uno de sus términos alude a la obsesión mercantilista española que alucinaba encontrar ciudades doradas en toda Latinoamérica es hilvanar el devenir humano con la idea de Tucídides sobre la mesa. Con ese molde, recortando el espacio al ámbito de la ciudad puerto más importante de Argentina, encontramos escenarios que contienen los elementos históricos fundamentales en torno al proceso de inicio, desarrollo y desenlace de una peste.

La peste comienza con un caso o un puñado tanto arriba en un transporte como los inmigrantes o en una columna del ejército que vuelve de regiones foráneas. En cada inicio de un episodio pandémico se desatan historias particulares, contagios inesperados, lugares donde se perciben los primeros síntomas de la enfermedad, pánico y huida o solidaridades improvisadas. En manos del azar, aquello puede ser en una ciudad con hospitales cercanos o un pueblo con un solo facultativo que anda en el campo visitando pacientes y un curandero que mezcla yuyos recolectados en los alrededores. También puede suceder alejándose del foco epidémico, creyendo huir del mis-

mo. En una de las epidemias del siglo XIX la estadística anotó el deceso de un par de niños durante el traslado de Buenos Aires a Tandil. Los familiares recuerdan el pesar de sus ancestros obligados a enterrarlos a la vera del camino, en intentos tan desgarradores como desesperados por erradicar el contagio en el carromato. Eran días difíciles, de almanaques interminables, abandonados en una fecha cruel e imborrable aun arrancando hojas con fechas que no alejan el dolor. Papeles en los que ocasionalmente la muerte sobresalía sobre apuntes de fiestas patrias y cotidianidades como el día de un santo en el que había que saludar un pariente, hacer un pago o rezar por un cobro. La falta de medios de información, el analfabetismo y la noticia que se transformaba en rumores jugaban a favor de calendarios hechos a la medida de las bacterias. Un inmigrante podía zarpar eufórico hacia América y morir un día después de bajar la explanada del buque, envuelto en sábanas rotas que nadie quería cargar hasta la vereda del conventillo para que un carro lo llevase a las afueras para quemarlo. Pero un carretero podía ir hasta Azul a llevar vicios para las tolдерías encargado por el gobierno y comenzar a cruzar gente amarillenta, vomitando en la entrada de los pueblos que dejaba atrás. Un rato más tarde, la nube de polvo en un camino que no construyó el Estado sino personas que pasaban seguido, llegaba a la vista del carretero una volanta con alguien tirado en la cajuela que pasaba rauda buscando un médico, un chamán o un cura para un ser que todavía respiraba.

Pese a sufrir pestes de dimensiones dantescas como la de 1347, la humanidad había disociado aquel castigo y las catástrofes naturales, a los enojos divinos. Pocos europeos sabían, en sus aislamientos, cortas vidas y recorridos rutinarios, que la peste negra dejó más de 25 millones de muertos. Resulta más fácil imaginar que supiesen sobre gente de distintas regiones que vagó con sus familiares muertos sobre carros o al hombro buscando una hoguera donde les permitiesen quemarlos. Lo terrible puede grabarse a fuego o penetrar tan profundo que casi no se recuerda. La pertenencia social brindaba puertas de hierro o cuero a las noticias que buscaban anidar en sus

almas. Para la mayoría que buscaba paliar el hambre en 1347 o escapar de los campos sin encontrar lugar en las primeras fábricas en la Europa de la primera mitad del siglo XIX, no debió ser el momento de tomar consciencia sobre un fenómeno que no era peor que sus existencias cotidianas. Para la mente de campesinos que habían atravesado tantas pestes en animales de sus campos, aquello podía regresar o pasar inadvertido en brotes regionales que superaban el cambio de estación o una helada temprana. Como sea, la ciencia en pañales y la medicina con islas de desarrollo en mares de duda y experimentos, convertían cada aparición epidemiológica en una especie de monstruo a la que había que enfrentar sin armas apropiadas o huir, al menos los que podían.

Como si fuese una colonia de roedores que expone el ejemplar más longevo a probar un alimento extraño, la peste presentaba casos aislados, incomprensibles, antes de aparecer con la virulencia que las caracteriza.

En el año 1865, cayó enferma una mujer en una casa de la calle Méjico, de oficio cocinera. Las personas que la atendieron notaron que al poco tiempo de enfermarse su cuerpo estaba helado y su voz se había debilitado. Esta enferma fue atacada desde el principio por vómitos y diarrea como agua clara. El doctor Leslie, luego de examinarla dijo a los presentes: 'Pobre Buenos Aires si algún día esta enfermedad se hace epidémica, porque se llevará la mitad de la población'. Era cólera mórbus (Segura, 1868, pp. 13-14).

En esa ocasión la visita fue corta, pero alcanzó a llevarse hasta donde se sabe, una vida. No volvió hasta principios del año 1867, irónicamente a fines del verano, cuando apareció en Rosario. El día 15 de marzo, el doctor Corradi observó el primer caso de *cólera morbus epidémico* en una casa próxima al puerto habitada por un crecido número de personas que ocupaban cuartos húmedos y mal ventilados. Los casos afectaron a gente poco acomodada que vivía próxima a los focos de infección, así como a los ranchos situados en el bajo de la ciudad. Era una visita inesperada, pero que encontraba comodidad

y gustaba quedarse en las viviendas precarias, como refiere también Irene Molinari en relación a la lepra en este mismo libro. En mayo, el cólera sumaba 487 casos.

Eran enfermedades desconocidas incluso para los médicos formados, novedosas por el impacto en los cuerpos de los contagiados y el terror que desataban en la población. “Tres veces había invadido la fiebre amarilla a esta ciudad y las tres se ha limitado a un barrio, alejándose el mal elemento en poco tiempo y sin grandes esfuerzos de nuestra perezosa población”, rememoraba Eduardo Wilde sobre el inicio de la gran epidemia de 1871, unos años después (Wilde, 1878, p. 297). Lo cierto es que aquel aviso de un caso de fiebre amarilla en enero de 1871 en San Telmo recorrió la ciudad como una ventisca fría, a veces con personas que dejaban imprevisiblemente la conversación para juntar la ropa que se caía de sus valijas de cartón en la huida. Un año después rememoraba un semanario porteño: “La muerte ya extendía sus brazos descarnados y nosotros aun nos divertíamos locamente en las delicias carnavalescas, y siquiera teníamos lazaretos, ni corporaciones capaces de combatir y atacar el mal, ni la conciencia de este mismo” (*El Plata Ilustrado*, 07/01/1872, p. 13). Pocos podían olvidar las maneras en las que se manifestaban los síntomas de estas enfermedades. Las risotadas de un húmedo carnaval se secaban con la rapidez de un día ventoso, las bocas retomaban la forma horizontal de la pesadumbre. La superioridad del hombre como especie trepaba al árbol evolutivo, huyendo del presente, buscando otras etapas del devenir.

La fiebre amarilla, en su fase más avanzada se caracteriza por atacar el hígado, generando hemorragias por la nariz, la boca, el estómago y el recto, además del característico color amarillo en la piel y pupilas. Completa el cuadro de síntomas, períodos de alta fiebre, delirios y esertores. El cólera, por su parte, se caracteriza por diarrea y vómitos agudos, que en su momento más álgido produce una rápida deshidratación del cuerpo, acompañada de fiebre, calambres muy intensos en la región abdominal, presión arterial baja y pérdida de tempe-

ratura corporal. La manifestación física de este colapso se expresa a través de la coloración azul cianótica de la piel y el hundimiento de las cuencas oculares. Junto con la postración y decaimiento severo del cuerpo, producto de la deshidratación, le otorgan al enfermo un aspecto severamente lívido, como si ya estuviera muerto. Sin embargo, y a diferencia de la fiebre amarilla, durante buena parte de la enfermedad el sujeto está consciente, no tiene episodios de delirios, lo que otorga un tono más dramático a este cuadro, mostrándonos una imagen cadavérica del enfermo, pero con plena conciencia de ello. Además, todos estos síntomas se manifestaban muy rápidamente y el enfermo puede morir en el transcurso del día (Fiquepron, 2018, p. 338).

Desde las callejuelas angostas de Buenos Aires, el cólera saltó de pueblo en pueblo como un caballo de ajedrez, evitando algunos caseríos por azar o eligiendo los puntos donde golpear. La gente dudaba entre el encierro o comenzar a moverse, como si un par de coronadas indicaran la salida del laberinto epidemiológico. Las bacterias viajaban como panaderos desprendidos de un diente de león al viento. Había algo de azar en sus virajes, que al principio parecieron sociales, luego geográficos o estacionales, al final, bíblicos. No flotaba sobre la inmensidad de la pampa ni seguía un derrotero lineal. Saltaba del estornudo de un jinete a la ventanilla de una galera en la que se asomaba una anciana, en un cruce de caminos. Luego de una parada en una fonda tomaba una huella hacia el oeste, en el rostro rosado de un bebé que acarició la anciana. En la entrada de un pueblo, junto a una cuna donde lloraban los padres de un niño por no llegar a consultar un médico, seguía viaje con un inmigrante al que le faltaba poco para llegar a destino. Lo guiaba un dibujo con aspiraciones de mapa al que miraba de tanto en tanto para dar con su primo domiciliado en Arenales. Como el polen, llegaba a lo que luego sería Ayacucho, pero seguía hacia Saladillo, Las Flores, Dolores, Tandil e incluso hasta algunas tolderías cuyos chamanes no tenían más poder que el cura para detener los contagios o expulsarlos de sus límites. El 7 de enero de 1868, el presidente de la Municipalidad de

Arenales escribía al ministro de gobierno, Nicolás Avellaneda, para plantearle:

Desgraciadamente el flagelo reinante se ha desarrollado en este Partido de una manera alarmante. Es impresindible, que la acción oficial se haga sentir particularmente en el seno de las familias, que se hallan en la condición de menesterosas. Por esto espera el que suscribe que al hacerle saber á la superioridad, ha de influir para que se envíen á este juzgado los recursos que considere del caso para con ellas atender de un modo conveniente todo aquel que sea atacado del cólera y que carezca de ellos. La carencia absoluta de fondos de la administración de estos partidos hacen imperiosa la cooperacion del Superior Gobierno, que no duda el que suscribe, que en atención a la situacion sensible, porque pasamos, ha de proveer de conformidad a lo pedido.

Dios guie. á Ud. muchos años (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 07/02/1868).

A los pocos días, Avellaneda respondía:

Contéstese al Presidente de la Municipalidad que se le autoriza para hacer los gastos indispensables que reclama el estado sanitario de Arenales, pasando oportunamente las cuentas documentales à este Ministerio para su abono: bien entendido que solo debe hacer uso de la autorización, cuando se hayan agotado los fondos municipales y aquellos que deben reunirse por el concurso espontáneo del vecindario (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 17/02/1868).

Sin saber de ese gringo que entraba por el camino principal y no alcanzaría a conocer el pueblo ni reconocer a su primo, municipios como Arenales, con alrededor de 6 200 habitantes, pedían ayuda al Estado provincial luego de agotar los medios a mano. Botellas de náufragos con mensajes desesperantes que flotaban por el pastizal pampeano atadas a un chasqui, en la cajuela de una diligencia, el morral de un soldado o el bolsillo de un carretero que volvía al puerto. Más adelante, muy tarde para frenar algunas de las pestes que

hubo entre 1860 y 1875, el telégrafo y el ferrocarril llegarían a la trinchera de los humanos. Sin embargo, uno aceleraba el pánico y otro no alcanzaba para que se suba todo un pueblo en el primer viaje. El ministro de Gobierno era ágil para contestar y autorizar colaboraciones extraordinarias. Luego, la burocracia, el endeudamiento del presidente del municipio mostrando un papel firmado por un desconocido Avellaneda, serían acompañados con gritos, puteadas y golpes de puño en mostradores para que se concrete ese *pagadios* en esta vida, con dinero y no con un pedazo de tierra en la lejana Patagonia.

Un Estado adolescente, ocupado de apaciguar el territorio y la región durante casi setenta años, se enteraba del brote de la epidemia y la observaba, sabiendo que no estaba preparado para controlarla. Registrar la llegada de barcos y los primeros conventillos eran acaso las medidas a su alcance. A los municipios bonaerenses contestaba esquelas en las mismas botellas recibidas con la ilusión que de que supiesen regresar a esos islotes que no figuraban en los mapas, oasis aldeanos en medio de la nada. La ausencia sanitaria del Estado hizo que las comisiones municipales tomaran el toro por las astas con pocos recursos y mucho empeño. Trapos en la cabeza para bajar calenturas y hierbas que juntaban los yuyeros del pueblo para detener vómitos colaboraban tanto como un par de baldes en el incendio de una sierra. Sin embargo, los ánimos cambiaban viendo vecinos recorriendo el arroyo o las laderas de una serranía en busca de los yuyos indicados por ancianos y curanderos. Nada alcanzaba, pero mientras esperaban un milagro con forma de tropa de carretas cargadas de médicos y medicamentos que no llegaría, la quietud social era una salida del laberinto por el costado, inútil y costosa. En los tiempos del cólera, la solidaridad, amor silenciado en hombres y mujeres endurecidos desde que gateaban, solía eclipsar al horror. A las camas en las primeras mutuales con las que los extranjeros paliaron la ausencia de los gobiernos provinciales y el nacional, se sumaron las primeras internaciones en fondas y hoteles pequeños que hacían las veces de sanatorio y en la pieza del fondo, velatorio fugaz, antes de

llevar el cadáver amarillento campo adentro. En ciudades grandes como Buenos Aires, la epidemia enfrentada por la gente común trajo un alivio habitacional impensado cuando los vecinos pudientes abandonaron la zona sur para instalarse al norte. Eso equilibró, durante un tiempo, cuerpos con colchones, letrinas y canillas. La aparición de conventillos en caserones donde antes vivían diez personas y ahora sobrevivían sesenta no tardaría en ser descubierta por otras epidemias.

Enero, con un calor convertido en galera de seis caballos para que el cólera llegue a todos los rincones posibles, fue prolegómeno de un año que también comenzaba con la taba cayendo culo en Las Flores. La corporación municipal miraba desde la azotea del edificio más grande del pueblo y veía parte de sus 7 250 vecinos caminando rápido con alguien en brazos, trepando en una carreta para ir a un campo donde les harían un lugar, encendiendo fuegos que despedían humo de trapos antes que leña. En los días en que se conocieron los primeros casos, un juez de paz optimista escribía al ministro Avelleda para informarle las medidas tomadas por esa municipalidad “para evitar en cuanto fuera posible, la propagación del flagelo”. Hasta el momento, solo habían sido cinco las defunciones y veinte los salvados. Sin embargo, añadía:

Hoy desgraciadamente el mal ha hecho creces, según los Alcaldes y Comisiones nombradas en cada Cuartel. Han tenido lugar en el ejido de este Pueblo 7 defunciones, no obstante los esfuerzos del inteligente que la Municipalidad ha contratado para prestar auxilios pronto a los desgraciados que son atacados del mal. Esta Municipalidad no ha omitido sacrificio para prestar pronto y eficaces socorros: para el efecto ha contratado tres inteligentes, pues no hay médico recibido ni aun botica. El uno deberá atender a los atacados que se hallen á largas distancias, otro atenderá hasta un radio de tres leguas de este Pueblo, y el último será el director de un Lazareto que hemos establecido para socorrer transeúntes ó aquellos que no pueden ser atendidos por sus deudos, ya porque no los tengan, ó por la escasez

de recursos de estos. Puedo asegurar a V.S. que las comisiones nombradas es tanto el interés y celo con que llenan sus deberes que no puede ser mas satisfactorio, llegando caso en que ellos mismos han dado sepultura á algunos cadáveres, para con su ejemplo disipar ese terror que se apodera de los deudos, pues ha habido caso que una hija abandonó la madre y el Alcalde la obligó, trayéndola al lado de la infeliz atacada y con los ausilios y exhortaciones de la Comisión se consiguió que esa hija extraviada por el pánico asistiera á la madre y se logró salvarla. Ha habido la necesidad de proceder con toda energía para no consentir se propaguen hechos tan inhumanos como inmorales.

El Cuartel 4° es el que más ha sufrido por el flagelo, y sufre aun pues el día 20 el inteligente acompañado por el Alcalde y la Comisión recorrieron parte de él y encontraron nueva cadáveres y siete atacados en ese día, sin contar muchos que ya estaban mejor esos días antes. Como Ud. comprenderá al no tener botica nos hemos visto en el caso de encargar medicamentos á esa Ciudad habiéndose concluido la primera remesa se ha hecho un pedido mayor, pues creemos que el mal entra a desarrollarse con fuerza, que como dejo dicho ya lo tenemos en esta población. La Comisión del Cuartel 2° es presidida por el Alcalde, como las de los otros Cuarteles, con la doble ventaja para los que sufren que éste es inteligente en medicina y ha conseguido resultados que hablan muy alto en pró, no solo de su inteligencia sino de su abnegación y celo. El Cuartel 3° es atendido también “por otro inteligente” que, asociado a su activo Alcalde y Comisión, que en nada cede á las demás en cuanto á actividad y desprendimiento prestan los servicios más importantes á los que sufren. Los demás Alcaldes y Comisiones estimulados por el humanitario y noble proceder de los que combaten el flagelo, no omiten esfuerzo y sacrificio alguno para ponerse á la altura de las circunstancias.

La Municipalidad cree muy en breve tiempo agotar los recursos, y pide que transmita estos datos al Señor Gobernador para que se penetre de nuestras críticas circunstancias, pueda la Corporación que

tengo el honor de presidir, esperar tienda su mano protectora hacia este Partido que hoy sufre tanto, auxiliándonos con los fondos que pudiera destinar á este humanitario fin; como también si posible fuera mandar un médico para este Pueblo que no tiene otro auxilio que los conocimientos limitados de los que ejercen sin títulos la medicina, que, si bien es cierto hacen cuanto en ellos está en obsequio de los afligidos, se comprende bien que eso no llena la necesidad que se siente de un facultativo para tranquilizar el espíritu de esta población que está espuesta á que se desarrolle en ella el flagelo. Esta Municipalidad afronta con decisión las circunstancias pero comprenden que sus fuerzas sin la poderosa protección del Gobierno, se agotarían y tocaría mil dificultades que harían infructuosos sus afanes y decaería el ánimo de los más celosos servidores.

Réstame saludar al Señor Ministro con mi más alta consideración.

Adolfo Leanos (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 23/01/1868).

Para paliar un brote epidémico hacía falta algo más que recursos financieros, siempre escasos y más aún cuando había que gastar en insumos que la cotidianeidad no solía reclamar. No es extraño que faltasen médicos en los pueblos, por eso allí, cualquier tipo de recurso humano externo servía para aliviar la situación. Así lo entendió la Municipalidad de Dolores frente a “las circunstancias apremiantes” que imponía “el estado del Cólera”. Por ello, y tomando el ejemplo de lo que sucedía en la vecina Chascomús, su presidente Modesto Fresco, solicitaba al gobierno:

[...] disponer de los fondos que se encuentran en esta Sucursal para dar inicio á un hospital con el título de Lazareto, se sirva tener á bien proporcionar para este hospital cuatro hermanas de la caridad, pues con el terror pánico que infunde esta enfermedad no se puede llenar nuestros deseos, pues las señoras que asisten hoy son por una oficiosidad y desearíamos si es posible nuestro pedido fuera lo mas pronto que V.S. le permita sus eminentes ocupaciones (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 28/01/1868).

Profesionales que optaban por ciudades grandes antes que ir al interior, sueldos tardíos que no tentaban travesías de los facultativos a la frontera, la peligrosidad indígena y especializarse en suturar tajos de cuchillos o curar mordeduras de serpientes sin tener que cortar un miembro del cuerpo, eran parte de la respuesta. A los inteligentes y hermanas de la caridad se sumarían los curanderos del pueblo, que conocían donde había zarzaparrilla para impurezas de sangre o verbena para las heridas, además de manzanilla para los cólicos.

En un mundo analfabeto, de trabajos manuales y duros para no tener manos de piedra que no pueden sostener una aguja y menos un bisturí, las mujeres hacían frente a los cuidados escuchando los consejos de un inteligente, como los llamaba el representante municipal de Las Flores. Inteligente es la palabra que encuentra aquel vecino para identificar al que era más rápido de pensadera, leía, tenía muchos adjetivos y verbos acopiados en algún lugar entre el cuello y la cabeza. Era el “avispa” del pueblo, el que también organizaría y repartiría el año siguiente los cuadernillos para el primer Censo Nacional.

El primer contagio se convertía en un nudo por desenredar de ese hilo de Ariadna que indicaba una salida natural, acaso estacional, a las bacterias. Inteligentes y curanderos, además de aquellos que no medían contagios para trasladar los cuerpos hasta un lugar donde hiciesen cuarentena, eran milicos enfrentando a la gente de Calfucurá con un cuchillo de mesa. Unos días después de la primera nota al ministro Avellaneda informando los esfuerzos que esa municipalidad hacía, el mismo juez de paz, en un tono casi de derrota, le manifiesta:

Desde el 23 de enero, fecha de mi último parte la enfermedad o epidemia reinante en este partido, ha tomado innumerables proporciones, al extremo de que los recursos de que es dado disponer a la municipalidad para combatirla están muy distantes de llenar las urgentes necesidades que demandan el angustioso estado por que atraviesa este

vecindario. Agregaré que á la falta de facultativos que se siente para la asistencia del crecido numero de atacados que cuenta el Partido, no hay quien quiera prestarse a prodigarles los necesarios cuidados y mucho menos á dar sepulturas á los muertos, ni aun ofreciéndoles retribución siendo en muchos casos compeler por la fuerza á que lo practiquen bien sus deudos ó patronos y respecto de los que no los tienen, aquellos más aparentes para estos servicios, único modo de poder salvar el tristísimo espectáculo y las consecuencias funestas que hubieron de seguirse de dejar los cadaberes insepultos y abandonados por los campos para servir de pasto á los animales y corromper el ayre con sus fetidos.

En situaciones tan críticas el infrascripto por acuerdo de la Municipalidad insiste de nuevo en las suplicas que dirijió a Ud., a que tenga vovondad de mandar para este punto y mientras dure la epidemia un facultativo recibido y los recursos con que al superior gobierno le sea posible contribuir para poder hacer frente á las infinitas urgencias del vecindario pobre de este Partido.

Adolfo Leanos (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 29/1/1868).

En la frontera, médicos y curas fueron “especialistas en muertes”. Visitaron con júbilo un enfermo recuperado, pero sus vidas rondaban el desgarró que los decesos por epidemia generaban al interior de las familias. Primero el médico y luego el cura, algunas veces solo uno de ellos, llegaron hasta las moradas de sus propios vecinos donde algún enfermo aguardaba su presencia para modificar su suerte o estar tranquilo de que el mismo Dios lo recibiría en ese lugar desconocido y del que tanto había escuchado. Señalaba el cura de Tandil, José Terradas:

[...] he procurado hacer todos los esfuerzos posibles para que reciban los feligreses de esta Parroquia los Santos Sacramentos cuando estan gravemente enfermos, avisando al pueblo la gran obligacion que tienen los de la familia de llamar al Cura sin esperar los últimos

momentos en que privado del uso de los sentidos el enfermo no tiene ningun consuelo en este último trance salvando de este modo la responsabilidad que tienen ante Dios. [...] Á Dios Gracias poquísimos son los enfermos que fallecen en el pueblo sin recibir los Santos Sacramentos y en este debo hacer justicia á los Sres. Médicos de este pueblo los cuales tienen especial cuidado de avisar á la familia el estado grave del enfermo, y que se le proporcionen los ausilios espirituales. (Archivo de la Parroquia Santísimo Sacramento de Tandil [APSS], marzo de 1877).

En estos pueblos, brotes de epidemias como los de cólera se vivieron como una crisis generalizada. Ese “fantasma” que recorría la inmensidad de la Pampa, ahora deambulaba por los fangos y callejuelas del trazado. Todos intentaban escaparle, aunque nadie sabía cómo o por dónde. Por eso, formando casi una “santa cruzada para derrotarlo”, médicos, municipales, curas y vecinos le hacían frente, como lo harían luego con otras enfermedades como la polio a la que refieren los capítulos de Ramacciotti y Testa y el de Olga Echeverría en este mismo libro. Señalaba el diario *La Nación* (1871): “El capellán de Santa Lucía invita a rezar para pedir por la lluvia y la desaparición de la epidemia en la Parroquia de San Telmo”. Y las acciones se replicaban en la campaña. “Desde la fecha en que empezó la epidemia”, se leía en el periódico *El Monitor de la Campaña* (1871) de Exaltación de la Cruz, “le hemos visto a nuestro Cura a todas horas dispuesto a ayudar a los moribundos con tanta solicitud i buena voluntad que no dejan que desear. Para él no hay dificultad, sea de día o de noche, en el pueblo o en la campaña, siempre está pronto” (p. 3). Casi como un siglo atrás, cuando el mandato de los reyes los convirtió en boticarios y administradores de vacunas de sus feligreses, algunos curas de la campaña encontraron en estas coyunturas epidémicas una oportunidad para sostener su lugar de referentes comunitarios que el tránsito de las décadas venía erosionando con más fuerza.

Así lo había entendido el cura italiano, Nicolás Aquarone, quien llegó al Río de la Plata en la década de 1840 y rápidamente se convirtió en un personaje destacado en pueblos como Bahía Blanca,

Carmen de Patagones o San Andrés de Giles. Los caldeados “meses del cólera” lo encontraron al frente del curato de Zárate. Desde allí escribió al vicepresidente Alsina poniéndose a su disposición para curar esta vez los cuerpos si era necesario:

si estima mandarme y ordenarme con la inteligencia del Gobierno Filantrópico, el método que he visto salir muy bien con efectos ciertos de curación sobre el Colera Morbus, me hare un deber de fielmente y sinceramente servirles por la verdad y la oportunidad, por si acaso, pero que Dios nos libre de los azotes, de la pestilencia, hambre y guerra (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 02/05/1868).

Misas, oraciones, velas encendidas a toda hora y a todos los santos, se multiplicaron en estos tiempos de crisis. Se leía en un matutino porteño:

La novena a la Preciosísima Sangre del Salvador, hecha en la Iglesia de San Ignacio por la desaparición de la peste que nos aflige, terminará mañana con una misa solemne, que se celebrará a las diez del día por los mismos fines. Se invita pues, a todo el pueblo, y especialmente a nuestros parroquianos a unir sus ruegos y a ofrecer con nosotros el Santo Sacrificio por tan nobles y piadosos fines (El Nacional, 23/03/1871, p. 2).

Algunos curas encontraron en estas coyunturas el momento para sumar algún aporte monetario a los no tan abundantes recursos que obtenían por los derechos de estola. Quizá veían en ello el recuerdo de aquel cura de su infancia, aplicando a cambio de algunos pocos pesos algún remedio *non santo* a los paisanos de sus comarcas, en las zonas rurales de España o de los reinos de Italia de principios de siglo. Estos menesteres se realizaban a sabiendas de los vecinos pero a escondidas del ojo del obispo, que pretendía controlar todo y que prohibía a los curas cualquier tipo de actividad fuera del ministerio parroquial. Y como no hay nada que un ojo divino no vea, cayó a la

parroquia de Tandil una amonestación cuando el palacio episcopal se enteró que el cura teniente de allí, el italiano Giusepe Pardini, se estaba dedicando a la medicina:

Mi estimado Cura

Ha sabido el Sr. Obispo q su compañero y teniente luego que llegó ahí, se contrajo a curar y veo que no por caridad sino por interes. En un pueblo donde hay un médico aprobado y un Tribunal de Medicina, nadie, menos un Eclesiástico puede ejercer esa profesión. Es eso mui censurado y mui prohibido por los cánones. Cuide ud. de ordenar a ese Sr. Pardini que se abstenga de curar los cuerpos, y espero que no será necesario mas aviso q este.

Federico Aneiros, secretario (Archivo de la Parroquia Santísimo Sacramento de Tandil, 07/08/1866).

Frente al deceso, una de las cuestiones que más inquietaba era la forma o el estado de las personas al momento de morir y su tránsito al más allá. Entonces, las nociones de gracia, de pecado o de eternidad cobraban materialidad en las familias. Y además de la tristeza por la pérdida de algún ser querido, podían aparecer temores como – el siempre presente– viaje al infierno. Desde los tiempos medievales se contaba con el purgatorio, aquel estado intermedio posterior a la muerte que permitía “preservar” por un tiempo el alma de los fallecidos, hasta tanto las oraciones y obras de caridad de sus parientes y paisanos torciesen ese camino y lograran que su alma finalmente descansara en el paraíso y no terminara en las llamas por el resto de la eternidad. Esto traía algo de alivio, pero el temor al no descanso en paz del alma fallecida siempre aparecía. Por lo tanto, en momentos de turbación como estos, era una condición recibir el viático y sacramento de la extremaunción si quería esquivarse el “estado del demonio”. Ese trámite y certificado, solo el cura podía darlo. Con pocas parroquias y escasos crucifijos en los pechos, excepcionalmente sobre las blusas de las mujeres, la fe vagaba por los pueblos como un forastero. Los curas se quejaban de no tener parroquianos y cansados de ir a los ranchos a buscarlos el domingo o de reprimendas si

sus hijos no iban a la escuela, se largaba en el carro a anotar nacimientos, casamientos o decesos en la zona rural. Sin embargo, en la aldea y en los campos, una religiosidad invisible habitaba la mente y las almas de criollos y gringos. Bastaba una oración a manera de mantra, confundida para el transeúnte con una milonga que silbaban bajito, escondida bajo bigotes o puchos esquinados para sentir el paraguas de un Dios que iba con ellos, no muy distinto en relación al efecto de lo que refiere Jesús Binetti en un capítulo de este mismo libro.

No menos inquietante fue el estado de los cuerpos una vez enterrados y por lo mismo, de los cementerios. De allí que muchas de las acciones de las municipalidades de campaña de este tiempo se volcaron a contar con cementerios, además de escuelas y templos. El juez de paz de Alvear, en la solicitud que hace al gobierno provincial para obtener una subvención para la construcción de una capilla y un cementerio, argumenta que

de las personas que mueren sus sepulturas son en el medio del campo, donde es el pisoteo de las vestias. Esto es ignumano y de Pueblos poco cultos y Sivilizados, así es Señor Ministro que, este justo pedido y el pensamiento altamente humanitario que encierra, creemos, sera atendido por el Ilustrado Gobierno (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 06/12/1869).

Aun cuando los cementerios se concretaban, tampoco fue inusual que se hiciesen enterramientos en el campo, cerca de las viviendas o incluso en lugares naturales como cuevas o grutas, según relata el médico francés Henry Armaignac ([1883] 1976), asentado en el partido de La Lobería, cerca de las serranías de Tandil. Pero esto no podía ser sino “ofensivo a la moral pública”, pues no se guardaban “las formalidades que la religión católica, las sivilisaciones y la sana razon nos señalan como impresindible” (p. 141). Cuando expiraba la década de 1860, Tandil sufrió el embate del cólera como un zamarreo a sus pobladores para reordenar prácticas cotidianas y convertir a

sus municipales en agentes sanitarios. El tamaño de los pueblos o ciudades, sus demografías y composiciones etarias, un asentamiento mayormente rural o urbano y hasta el nodo en que se situara cada espacio social, eran variables naturales que podían incidir en el impacto, geografía del contagio y durabilidad estacional o no de la epidemia. Con menos de 5 000 habitantes, distribuidos casi por mitades entre zona rural y pueblo, los tandilenses tomaron decisiones ligeras y mayormente ligadas al trazado urbano. En cada epidemia se puede comprobar que aquella se trata como un fenómeno catastrófico más comparable a un tornado o a una inundación. Los comisionados se movilizan en pos de improvisar diques no construidos con anterioridad a un potencial diluvio de bacterias. La lógica de un espacio rural abierto y aireado, incomunicado y con un aislamiento social casi natural, direcciona todo el accionar a las diez manzanas con viviendas en derredor de lo que fuera el Fuerte desarmado cuatro años antes de la llegada de la epidemia. La zona de chacras debió ser una de las murallas para sortear por el virus, saltando de parche en parche donde hubiese un rancho habitado o penetrar por el camino principal que llevaba al corazón del pueblo.

El cólera ha producido las primeras víctimas. A su conjuro reapareció el carro de la basura que juntará primero las inmundicias en las calles y después la que saquen los vecinos a las puertas de sus domicilios. Otras medidas de higiene general son, que el chanchero Augusto Wolff retire su negocio a un lugar excéntrico. Cada cual carpirá su sitio. Queda prohibida la fruta traída en galera. Quedan prohibidos los bailes y velorios. Las escuelas permanecerán cerradas. Los cadáveres se enterrarán a un metro de tierra en un baño de cal. Los enseres de las víctimas y sus utelillos que no resistan la cura de cal serán quemados. Se conforma una comisión de sanidad que velará por el cumplimiento de estas disposiciones.

Pronto se hace evidente que un carro de basura no alcanza a desagotar el pueblo de las inmundicias que tiene. Se emplean dos carros adicionales en la limpieza pública. En cuanto al cementerio, al

presente bien cercado y dotado de una discreta portada, seguridad y aliño, se le enviarán muchos soldados para efectuar su limpieza y quemar las ropas que allí existen, colchones y demás, y luego se procederá a nombrar un sepulturero permanente para tener un cementerio limpio, dado que hay muchas quejas de la basura en el. Las ropas y colchones aludidos pertenecían a los coléricos fallecidos; fueron llevados por los deudos de las víctimas con el propósito de sepultarlas con los muertos pero quedaron dispersas por ahí [...] (Fontana, 1947, p. 98).

Este conjunto de ideas que aparecen en los reclamos de municipales y vecinos, se encuadra en la difusión de las condiciones sanitarias e higiénicas de esta segunda mitad de siglo. La difusión de las epidemias no hicieron más que favorecer el avance de una normativa cada vez más homogénea para paliar las condiciones e intentar –a veces sin éxito– erradicarlas por completo. Pero no solo las normas cambiaban, también se alteraron, por ejemplo, los rituales frente a la muerte. El vasco Francisco Letamendi, presidente de la flamante Municipalidad de Rauch, le envió al gobierno provincial una ordenanza vinculada con este tema. El miedo a que los cadáveres pudieran transmitir la peste mientras se los velaba, además de los abusos que representaban las escenas festivas que se daban en algunos de ellos, había llevado a la corporación municipal a disponer lo siguiente en los límites de ese partido:

Artículo 1°. Es prohibido en el Municipio celebrar con baile el velorio de párvulos que hubiesen fallecido, sea cual fuese su edad ó suceso.

Artículo 2°. [...] los cadáveres deben ser inhumados dentro de las 24 horas siguientes al fallecimiento.

Artículo 3°. El dueño o encargado de casa que contrariase á lo dispuesto en los artículos anteriores, pagará una multa de mil pesos mon/cte. y cada uno de los concurrentes al velorio que tocase instrumento músico, cantase o bailase, cien pesos mon./cte.

Artículo 4°. Los alcaldes, tenientes y empleados de Policía, son responsables del cumplimiento de esta ordenanza [...] Porvenir [Rauch] (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 29/03/1871).

Los cuerpos tampoco podían pasar por la Iglesia para recibir el responso final y los curas, por lo mismo, dejaban de recibir el pago que por ello les correspondía. Esto lo recomendaron las comisiones de higiene ante la epidemia de cólera de 1868 y directamente lo prohibieron ante los rebrotes coléricos, de viruela y fiebre amarilla de 1871. El gobierno de la provincia solicitó a la Iglesia la mayor responsabilidad en ello y ésta elaboró un decreto en el que establecía que,

Los cadáveres solo podrán ser conducidos a la puerta de los templos para hacerse el oficio de sepultura cuando no haya epidemia reinante y previo el certificado del medico de Policía o municipal de no proceder de enfermedad contagiosa. Procediendo el cadáver de enfermedad contagiosa los Curas harán el oficio de sepultura presente dicho cadáver en su mismo domicilio, no pudiendo permanecer sin inhumarse por mas de veinte y cuatro horas en ningún caso. Siempre, que exista alguna epidemia reinante el cadáver sera conducido directamente al cementerio desde la casa mortuoria (Archivo de la Parroquia Santísimo Sacramento de Tandil, 10/03/1871).

Sin embargo, la autoridad eclesiástica parecía no reconocer que “el domicilio del cadáver” en la mayoría de las ocasiones se encontraba a varias leguas del templo, en los bordes de algún cuartel del partido, lo que hacía casi imposible contar con la presencia del cura. Y mucho menos en tiempos de peste. No siempre respetado, generó más de un altercado entre municipales, jueces de paz y curas. El punto de discusión parecía ser quién tenía la última palabra sobre el muerto. ¿Era la autoridad civil que ejercía la medicina y práctica sobre el cuerpo? ¿Era la autoridad eclesiástica que podía colaborar en el destino final del difunto hacia una eternidad de descanso u otra de lamento? En este contexto, el juez de Paz de Las Flores envió una misiva al ministro de Gobierno de la provincia quejándose porque el

cura emitía órdenes para la exhumación de cadáveres perjudicando “el estado sanitario del Partido”, al tiempo que solicitaba “el procedimiento que debía observar” para tal caso.

El Señor Cura de este Pueblo Dn. Raimundo García en contraposición a lo dispuesto por el Superior Gobierno en circular de fecha 11 de abril está espidiendo ordenes de la Parroquia para la exhumación de cadáveres sepultados en varios parajes de este Partido que fueron muertos de del Cólera, cuyos restos solicitan los interesados sean trasladados al Cementerio de este pueblo y no habiendo accedido el que firma a varias peticiones hechas al efecto ni tampoco á lo dispuesto por el Sr. Cura referido en consideración que la práctica le ha demostrado, que aquellos restos no se hallan en un estado de disección pues hasta se les encuentra con sus vestiduras notándoseles al mismo tiempo un olor acre y por lo tanto perjudicial y nocivo á la salud y como si se exhuma uno han de presentarse con tal obgeto todos los mas de quinientos sepultos, sería una remoción que tal vez traera en esta época fatales consecuencias á este Pueblo y Partido [...] (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 17/01/1873).

¿Faltaban brazos o cerebros para enfrentar las pestes? Aunque sobraban curiosos que se multiplicaban en épocas en las que la economía pasaba a un segundo plano, había una raya que no todos querían cruzar. La solidaridad tiene un límite psicológico y otro real, ambos en la misma persona. Tener miedo a contagiarse, fantasear con los embates de la epidemia en el cuerpo que arrastre a una muerte cruel, era uno. El otro era el contagio de la familia por quienes no medían consecuencias si eran llamados por un vecino para llevar una nueva víctima hasta lo del doctor o enterrarlo. La sepultura del ser querido arrastraba, en muchas ocasiones, las últimas monedas de su familia. Ante eso, el pago de un servicio básico a los que no contasen con dinero o proponer que se hicieran cargo sus patrones, como lo hizo el municipio de Las Flores, eran los únicos planes antes de quemar los cuerpos o que sus familias los abandonasen en el campo.

En marzo de ese fatídico 1868, el otoño trajo alivio a algunos pueblos como Saladillo, que al igual que Ayacucho contaban con algo más de 7 000 habitantes desparramados en el espacio. El facultativo, también inteligente y avispa pero con un título bajo el brazo, informaba al gobierno provincial que no había nuevos casos y que el resultado final era, dentro del paisaje desolador de la provincia, digno de festejo. Sin tener más que algunos datos de los pueblos vecinos, sin registros ni curvas imaginarias que se achataran confundiéndose con la pampa, el facultativo intuía que había ganado una batalla, pírrica quizá, pero necesitaba transmitir esperanza.

El infrascripto Dr. en Medicina y Cirugía nombrado por el Superior Gobierno de la Provincia para asistir en este Partido á los enfermos del Cólera con la obligación de hacerlo gratis a los pobres de solenidad, da cuenta haber cumplido su ministerio, por cuanto el ultimo caso habido fue el dia siete del presente mes. El que suscribe da cuenta con la conciencia íntima, de haber echo cuanto ha sido posible con arreglo á la Ciencia, para salvar á los desgraciados que han caido bajo el peso de tan terrible enfermedad habiendo siendo favorecido por la Dibina Provindencia en su mision: pues solo han fenecido de los ataques del Cólera, un diez y siete por ciento, salvando por lo tanto un ochenta y tres. Habiendo finalizado su mision se permite manifestar al Señor Gobernador que ofrece sus servicios para en casos análogos u otros se digne se lo estima conveniente hacerlo con su ocupacion.

Dios gue. á Ud. muchos años. Vito Sorresso (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 20/03/1868).

Tandil, lejos de las barracas, fábricas y el riachuelo, pero con gringos que no dejaban de llegar, no estuvo libre de los cachetazos de las epidemias. Como si una inmigración que no se asentaba en derredor del puerto no bastase, los porteños comenzaron a huir de la ciudad hacia los cuatro puntos cardinales. Imaginaban la peste corriendo detrás de las carretas, pero iba encima, bajo bolsas de harina o en el cuerpo de alguno de ellos. La sanidad no era el fuerte de aquel

pueblo que, como un grandulón jugando a las escondidas, no alcanzaba a camuflarse dentro de un pequeño valle. Los colonos ayudaron a que los encuentre el cólera, luego la fiebre amarilla y más tarde la viruela –que llegó a las tolдерías cercanas como un gualicho–, la difteria y el sarampión. El doctor Fuscchini hizo magia hasta que finalmente arribó otro facultativo en la década de 1870. Como no dormía, cuidando pacientes o preparando medicinas, también había perfeccionado y fundado la Sociedad Filantrópica de la Caridad, de carácter mutua y que poco a poco irían replicando los pueblos de alrededor con el objetivo de “socorrer á los socios en los casos de enfermedad y sus consecuencias”, así como “conseguir todo o cualquier objeto plausible de mutua utilidad que no pudiera conseguirse aisladamente”. Poco después aparecería la botica de Jaca. Dos experimentos de botica en la década del sesenta habían sido clausurados por el municipio, seguramente en momento de diarreas, tos y fiebres que un ramo de hierbas de la sierra alta podían aliviar, tal vez a causa de las competencias políticas que describe el texto de Paz Trueba para el caso de Rosario y Buenos Aires. El mayor problema, si es que se puede armar un podio de obstáculos desde el presente, era la ausencia de medicamentos, esos frascos marrones añorados por médicos obligados a convertirse en psicólogos de los deudos en momentos de crisis sanitarias. Un frasco era un aliado indispensable, que superaba las hierbas en la mente de algunos vecinos, especialmente los extranjeros. Aquellos se marchaban aliviados antes de haber tomado una cucharada en la que ni el mismo médico confiaba. Los nativos necesitaban soluciones prácticas, similares a las que tomaba cuando se mancaba su caballo y buscaban el revólver escondido en el ropero. El criollo pobre con un dolor de cabeza insoportable o una pierna violeta no aceptaba algo distinto a un sangrado. La herida en un brazo que producía fiebre desde unos días atrás no resistía mayores tratamientos antes de ser amputada con el consentimiento y ruego del paciente.

Como en el resto de los pueblos mencionados, en el valle serrano faltaban casas donde guarecerse al llegar, también puentes sobre

riachos que podían frenar una carreta varias semanas, mejoras en los caminos, un cementerio nuevo. Pero si la estructura edilicia era deficiente, la justicia dejaba mucho que desear y el aparato policial era ineficiente e inexperto, la sanidad era solo una palabra, apenas una idea. No había algodón, que se suplantaba por algunas hierbas del lugar ni alcohol, salvo en las botellas de ginebra. Lo más parecido a un bisturí hasta que llegó Fuscchini, era un cuchillito de cocina, que un rato antes de abrir una pierna para aliviar una mordedura o una vena que estaba por explotar había picado ajos y cebolla. La asepsia es un concepto tardío en la pampa; para muchos, el nombre de una nueva criatura en el vecindario. Un médico y un par de mujeres podían amputar una pierna con un hacha, sin tiempo para lavarla luego de trozar palos para hacer un corral. Así, aquella herramienta confundida, un día cortaba mimbres y al siguiente una pierna, pero más tarde partía una cabeza indígena o la de un borracho si se asomaba en la ventana de un rancho. Hacia 1870, en ese desierto sanitario, el armario del médico era más valioso que la caja fuerte del almacén de Ramos Generales de los Gardey. Aceite de hígado de bacalao, hierro para fortalecer a los debilitados, purgantes y magnesio, píldoras de Bristol para entonar el estómago eran oro en polvo, que se guardaban bajo siete llaves en un aparador de vidrio labrado que había trasladado el doctor desde el living de su casa al consultorio. Las novedades del pequeño mueble, al comenzar esa década, eran un remedio contra la sífilis y la gonorrea, que contenía nitrato de plata, opio y hasta morfina.

El pueblo había crecido. Un año antes del censo nacional sumaba 4 870 habitantes, la mitad asentada en la zona rural. Transitaba ese momento en que alguien no es chico pero tampoco adulto. Las autoridades esperaban llegar a quince mil habitantes en el conteo siguiente, pero el pueblo era como una cocina de rancho: entra una mosca y salen dos, otras vuelven a entrar y varias mueren de un golpe de repasador certero sobre las tablas de la mesa. La llegada de inmigrantes empujaba los números hacia arriba y la salud volteaba las cifras como castillos de naipes. Caían cartas con figuras de criaturas

y ancianos, al menos en los momentos en que el castillo se derrumbaba por una gripe o una fiebre amarilla y no por un malón. En este último caso se esperaba que cayeran los caballos de la fila del medio, quedando las sotas que usan pollera y lavan la ropa en el arroyo. Los peones, hoy de bombacha en una jineteada y mañana con una blusa azulina y un quepi agujereado, intentaban irse a las tolderías lejanas para estirar sus edades, donde irónicamente los trataban mejor que en sus pagos.

Hacía tiempo que los catrieleros, relajados en el paraguas político que brindaba mendigar una carretada trimestral de vicios en el Azul, mateaban sentados encima de un volcán. Faltaba saber cuánto tardaría la lava en quemarles el traste. El ejército había vuelto de Paraguay, encontró un presidente con una mano dura y con la otra libre para intentar civilizar esa zona bárbara que incluía a los catrieleros pero también a los milicos de los fortines, a mitad de camino entre ambas. Nadie quería hablar de lo que veía. Los gringos seguían llegando, zapateando encima de las tumbas colectivas que dejara como recuerdo la última epidemia. En 1871, alguien comenzó a enlazar la idea de gringos con masones y estos, con ataques a Dios, lo que llevaba a deducir a cualquier criollo, sin ser nieto de Aristóteles, que las pestes eran un castigo divino a los gringos que ligaban también los tandilenses. Era más sencillo comprender una idea compleja como aquella que unir la pérdida de sus puestos de trabajo con el tornado económico iniciado en una Inglaterra fabril que volaba techos de estancias, vacas, sombreros y lazos, pero no tocaba las ovejas.

Tandil hacía realidad el sueño alberdiano, despreocupado en épocas buenas, con un puñado de vecinos que acudían al problema cuando se quemaba un rancho o se desbordaba el arroyo. Aunque era una aldea, su vecindario pujaba para ser pueblo. Era un juego entre hermanos de distintas edades y sexos, con tantos momentos agradables como tensos. Poniéndose en puntas de pie y ensanchando los hombros que apretaban las sierras como un saco chico, Tandil tenía un andar lento, medieval, que alteraba pocas veces a lo largo del año. Su dinámica era la de un homiguero. Algunas veces, con

menos vértigo que miedo, supo soplar un viento que comenzaba despacio en la casa del médico Fuscchini y se convertía en un vendaval que en vez de Zonda se llamaba fiebre amarilla. Al primer alarido el vecindario salía envalentonado de sus ranchos, pero al toparse con un problema con paños mojados en la cabeza y manchas en la piel frenaba, especulaba sobre un contagio que dejaba cinco chicos sin padre o una madre sin esposo. Se movía medio hormiguero, pero a lo de Fuscchini llegaban pocas hormigas, generalmente obreras, esas que juntaban palitos todo el año y les daba lo mismo ocho que ochenta. En los almacenes, el rumor de que en los primeros meses de 1871 la fiebre amarilla había matado más de 13 000 personas en la ciudad de Buenos Aires sacudió los espíritus de las comisiones vecinales que acompañaban el esfuerzo del médico, el de los curas encargados del cementerio, el de las familias de los que ya habían muerto con el cólera. Ni siquiera perdonó al líder de los irlandeses en estas tierras, el infatigable sacerdote Antonio Fahy, quien cabalgó al ritmo de la expansión de la frontera por casi tres décadas procurando llevar “los auxilios espirituales” a todos sus connacionales”.

[...] en la noche del jueves 16 de febrero, asistió á la cabecera de una pobre italiana en la calle Cochabamba que estaba muriendo de la fiebre amarilla, y al volver a su casa se sintió acometido por los síntomas de la epidemias. Se mejoró un poco el domingo [...]. Sin embargo murió á las 4 de la mañana del lunes, á los 65 años de edad(Revista Argentina, Tomo X, pp. 599–600).

El poder estatal que le correspondía a un pueblo se desparramaba en comisiones vecinales que hoy juntaban dinero para faroles, mañana para hacer una capilla, pero pasado para una epidemia. Y así, el pueblo mejoraba o al menos no volvía a foja cero. Ese era el progreso que pocos veían hasta que lo necesitaban. Era algo que unos pocos disfrutaban y el resto no alcanzaba a sentir antes de perecer, ya por estar lejos de un pueblo pujante como Tandil o ser un desgraciado al que nadie le fiaba ni un azufre para sacarse de encima los parásitos.

Era el buscador de oro que regresaba del final del arco iris esperado por gente que presentía que en el cofre encontrado no había nada para ellos. Lo mejor que le podía pasar al vecindario pobre era que el buscador nunca volviese, que la caminata vespertina hasta el borde del pueblo a mirar hacia el norte fuese una rutina eterna. ¿Cómo no iban a acudir los paisanos pobres o alejados del pueblo a las tolderías o a cualquier vecino que supiese algo de curaciones con yuyos? Un chamán o una machi escayolaban una fractura y hasta hacían diagnósticos con cánulas vegetales que introducían en el estómago para ver las secreciones y de ahí deducir qué órgano fallaba.

Ello explica la presencia de cuatrocientas personas acudiendo cada día al rancho hospital de Solané desde fines de noviembre de 1871. Su sapiencia y popularidad acarreada desde Tapalqué y Azul se asociaban a la fiebre de vómitos negros que acababa de irse. Sin saberlo, sin políticas públicas, sin saber leer, la gente llegaba instintivamente a ese topónimo llamado prevención. Ninguno de aquellos sabía quién había sido Tucídides ni escuchado que había que mirar el pasado para no repetir errores, pero intuía que para frenar el cólera o cualquier otra peste había que hacer caso al primer síntoma. Sin embargo, aquel amontonamiento social en lo del curandero Gerónimo Solané inquietaba a Fuscchini y a las autoridades municipales. Cuando llegaron los primeros calores recordaron las pestes de años anteriores y prohibieron, desde mediados de diciembre, la masividad en torno al rancho hospital de Tata Dios, en campos de Ramón Gómez. Los estratos altos leían la frase de Tucídides pero pasaban rápido de página para llegar al capítulo de Maquiavelo.

La vida en la pampa decimonónica era parecida a una doma. El ideal del jinete era que se canse el caballo antes de que lo tire. Muchos criollos pobres, encerrados en un fortín durante años con la seguridad de que perderían sus familias, aceptarían que los tire pero que también les pise la cabeza para ahorrarse una década postrados en la más absoluta soledad. Para medio pueblo, incluyendo a las mujeres, no existía la opción de no subir al equino salvaje. Los pudientes montaban pingos domados por aquellos, sin saber cuántos habían

quedado tullidos o muertos en la intención. Los gringos eran entonces gente de a pie, caricaturizados por José Hernández en su defensa de un nativo desarropado que había cabalgado en el vientre de una madre embarazada y nacido antes, luego de un galope hasta lo de Fuschini que se debatía entre salvar a la parturienta o a la criatura.

Enfermarse, curarse o no, morir, ser asistido por un cura en las últimas horas o delante de una cruz torcida en una tumba que hicieron los vecinos, era un aspecto del horror en los tiempos del cólera. Pero también de un amor apenas bosquejado que flotaba en ranchos con piso de tierra donde entraban mujeres cargando baldes y trapos, el “inteligente” dando ánimo con su presencia, un cura que forzaba sonrisas y apretaba puteadas cuando se iba una madre de niños que gateaban entre muebles escasos y pucheros mal disimulados de un marido que se negaba a llorar.

Los que quedaban en el andén

A lo largo de la historia, la información y el rumor reúnen distintos móviles, se paran en cimientos más o menos sólidos, atienden intereses diferentes, incluso necesidades cotidianas. Saltan de boca en boca en Homeros que escucharon una noticia en el puerto o una taberna y los trasladan a lo largo de un valle, cruzan montañas, trepan montes llegando a todos los rincones donde iluminan rostros o chocan con gestos de desinterés. El primer contagiado de una epidemia no despierta la réplica de campanario de una matanza como la de Tandil de 1872, pero cuando los contagios se multiplican, las frases de alguien que se asoma en el almacén o interrumpe un grupo de paisanos que descansan de una tarea se convierten en un estallido de cristal. En 1347 los lugareños de distintos rincones de Europa se guiaban por los dichos de carreteros o grupos de personas que dejaban sus pueblos cargando criaturas que colgaban como muñecos. Unos días después, las hileras de humo donde quemaban cadáveres eran señales que los decidía a cambiar de rumbo o acelerar el paso.

En la frontera pampeana, pueblos como Tandil, Azul o Las Flores tomaban la información del avance del cólera de un sabiondo que leía el diario en una fonda, comentándolo con el propietario antes de pagar y marcharse más al sur. Las carretas que retrasaban el regreso a Buenos Aires con sus cargas para vender eran titulares claros para cualquier analfabeto. Las corridas del médico a los ranchos de los que conocían yuyos para provocar vómitos o frenar diarreas, además de aliviar calenturas, eran noticias de un periódico imaginario que no necesitaba leerse y cuya foto de tapa era ese médico corriendo hacia el bajo, cargando un balde, arremangándose el delantal.

Al igual que cuando un tren sigue camino luego de haber estado en un pueblo, los familiares de las víctimas quedaban anclados en un andén con atmósfera de cementerio. Si los conjuntos sociales no suelen estar preparados para enfrentar la irrupción de una peste a través de sus gobernantes, tampoco lo están para reponerse del impacto de aquella en su cotidianidad. Pocas personas están preparadas para sobrellevar la muerte de un familiar; ninguno si aquella es traumática, vertiginosa e inexorable. La ausencia –o abandono temporal– de políticas públicas sanitarias era un portón que solía quedar abierto a las pestes. En épocas de bonanza la construcción de hospitales o sus refacciones, al igual que la preparación de profesionales, suelen pasar a renglones lejanos de las prioridades. Ello se agrava en momentos de enfrentamientos bélicos –en Argentina un largo período (1820–1880)– donde el presupuesto era absorbido por armas, equipamiento de tropas, ganado para el traslado y consumo en campañas, sueldos, etc. Las epidemias de cólera, luego de fiebre amarilla y viruela, suceden en la última etapa de un largo y sangriento período posterior a la independencia del país.

Cuando la peste parte como una locomotora rumbo a otras localidades –en ocasiones corrida por una estación climática que no la favorece–, los hogares afectados sufren la desolación y orfandad psicológica que vuela sus techos de paja. En ese momento, la toma de decisiones para evitar otra visita eventual en un futuro que puede no ser lejano, se diluye en la recomposición de actividades económicas

y sociales. Un juez de Paz pampeano, heráldico y con poca propensión a la sensibilidad social en su comarca, enfrentaba problemas puntuales, achicando la mirada a esas familias pero sintiendo el rumor que aturdió al resto. Entonces mandaba a reforzar el muro del cementerio o los sitios donde debieron improvisarse enterramientos, controlar la higiene de fondas y almacenes, enviar un policía a visitar al dueño de la chanchería, solicitar que le avisen cuando llegue cada diligencia con forasteros. Maquillajes parecidos a tarjetas de pésame que iniciaban un período incierto hasta la próxima catástrofe viral, inundación, sequía o visita de indígenas para reclamar algún pacto incumplido. La parroquia de cada pueblo, con menos recursos que intenciones, también intentaba paliar angustias y contener en los bordes de cristal de la fe a sus feligreses.

Como ciertos verbos, las epidemias tienen pasado, presente y futuro, pero los que las padecen apenas pueden resolver su cotidianidad, al recordar experiencias anteriores o imaginar la bienaventuranza de un retorno a la normalidad. El día de la muerte de un ser querido, ese zamarreo inesperado del presente, debió sellar la pequeña hoja del almanaque con un santoral mirado cien veces pero que poco pudo ayudar. Devenidos en pensadores griegos, algunos familiares deben haber alcanzado cotas existencialistas profundas, difíciles de compartir en su entorno. Otros solicitarían ayuda al cura, en el que caía la responsabilidad de ser observado como administrador del mundo de los muertos, herencia egipcia del viejo Osiris, gerente del inframundo. El alcalde Cisneros adelantaba al ministro desde Las Flores que el permiso del cura García Tizón para exhumar cuerpos enterrados en los campos y trasladarlos al cementerio no era prudente desde el punto de vista de las escenas que observaba el vecindario, sino también

[...] en razón a que pudiera declararse alguna enfermedad epidémica a más de la que actualmente tenemos que es la viruela. A poner en conocimiento del señor Ministro este incidente lo hago con el benéfico objeto de que si usted lo tiene a bien se digne ilustrar al que firma

en el procedimiento que ha de observar en mérito de todo lo relacionado, para con ello evitar desagrado y disgustos que el que firma a todo trance desea evadir. Con este motivo tengo el honor de reiterar al señor Ministro las consideraciones de mi respeto.

Firma, Apolinario Cisneros (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 17/01/1873).

Y el ministro le respondía:

Contéstese que debe estar acorde a lo resuelto en el decreto del 11 de abril de 1870 que le acompaño por segunda vez en Circular de 16 de agosto del año ppsy y que ahora se le remitirá para su exacto cumplimiento en la parte que le corresponde.

Firma Alcorta (Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 23/01/1873).

El cura García Tizón no pudo frenar la avalancha de vecinos que buscaba aliviar su culpa por despedidas sin velorios ni rezos de seres queridos a la que empujaban los posibles contagios. García tampoco estaba preparado para una epidemia como la que llegó a ese y tantos otros pueblos. Pero no pudo cerrar las puertas de su modesta parroquia a quienes solicitaban cambiar los cadáveres de lugar, replicando una práctica antiquísima de la humanidad que los antropólogos conocerían un siglo más tarde como enterramiento secundario. El encargado del partido de Las Flores, Apolinario Cisneros, le escribió al ministro Alcorta para que frene aquella práctica, aterrado por la posible aparición de una nueva epidemia.

No lejos de allí, al cumplir medio siglo de vida, el vecindario tandilense sopesaba soluciones similares a los reclamos en Las Flores. Inicialmente los entierros se hicieron dentro del Fuerte Independencia, pero a poco de andar, el cura, el comandante y algunos vecinos influyentes, escogieron un predio distante a 300 o 400 metros del paredón sur de la fortaleza, buscando paz para aquellas almas y alejar las alimañas que hurgaban irremediablemente en el lugar. La vida era difícil en el día a día, pero la muerte, era un espejo roto de

aquella, presentándose como una vuelta de página de almanaques que no había en todos los ranchos pero sí en todas las cabezas. Entonces llegaron los gringos, lentamente desde mediados de 1840 y en forma creciente desde la década siguiente. A mediados de 1855, con la secesión porteña de fondo y un sitio del cacique Yanketruz durante cuatro días que resguardó vecinos y animales que alcanzaron a llegar a ese arca de Noé con muros de piedra, los extranjeros rompieron reglas de juego improvisadas, endeblés, incorporándose a la comisión municipal. Sin consultas ni consensos, el inmigrante danés Juan Fugl enterró connacionales en su chacra mientras pudo, pero fue llamado al orden por la Corporación (Larsen, 1989, p. 354). Luego intentaría idéntica solución en los alrededores de la parroquia protestante que comenzó a construir, aunque sin un mapa a mano, demasiado cerca del corazón del poblado. Por fin, cuando en 1872 se decide cambiar de lugar un camposanto que malones, epidemias y muertes frecuentes en la frontera habían saturado, el pastor Fugl consiguió el ansiado permiso para construir un espacio étnico para sus muertos, endogámico, y replicó la experiencia de rebaño en el que se afanaban él y otros líderes menores en las calles angostas de la aldea.

Al momento del Primer Censo Nacional, en 1869, la inmigración en Argentina hacía casi veinte años que era una realidad. Amontonados en el corazón rioplatense, desbordando proyectos de vida hacia el oeste, el sur y cruzando el Salado, los pueblos crecían multiplicando oportunidades. Buena parte de estas buscaban armar el escenario, ya construyendo viviendas con los pocos recursos naturales a mano, ya improvisando elementos indispensables como puentes, apertura de calles, una parroquia, la primera botica para no depender tanto de que alguien junte yuyos en las sierras, una escuela para que los niños no solicitasen que alguien les lea un papel ni firme por ellos al peinar canas.

Opacando la vieja imagen del inmigrante ávido de tierras, había más ladrilleros, hojalateros, zanjeadores, comerciantes, zapateros, planchadoras, lavanderas, pastores y hasta jornaleros, que terrate-

nientes. Era indispensable que los extranjeros colaborasen en armar el escenario local antes de actuar, con libretos improvisados, mezcla de lo que habían visto en sus pueblos y sierras, observando la simpleza de los ranchos, la abundancia de lugar y falta de árboles, climas extremos y aldeas desordenadas. A priori, el primer paseo por el pueblo les mostraba necesidades materiales elementales. Imitando bandadas de aves migratorias, los europeos que cruzaron al Nuevo Mundo también intentaron prever momentos de una empresa tan hostil a los pioneros. El cálculo del clima al llegar, intuyendo que no tendrían vivienda, fue básico. Los primeros fríos casi siberianos alargaban los días para terminar de techar una alquimia de rancho, caserío, toldería tehuelche e iglú donde guarecerse. El calor del verano, que despertaba tábanos y yaras, no era época de relajarse, aunque sí de dormir bajo un carro hasta terminar la vivienda o sobre el mostrador de un comercio a cambio de trabajo. La rentabilidad de la tierra que demandó ríos de tinta, no era equiparable a oficios fundamentales en un pueblo nuevo. Tal el caso del carpintero Manuel Letamendi, “quien tuvo que afanarse mucho para fabricar una buena cantidad de féretros en 1854, cuando delimitado el cementerio hubo que trasladar los cadáveres enterrados aquí y allá [...]” (Fontana, 1947, p. 87). El horizonte material imaginado por aquellos forasteros cuyo estatus no duraba más de una década, era superar el esperable en sus lugares de orígenes. Un espacio precapitalista como fue el de la frontera hasta casi el último cuarto del siglo XIX, abría puertas a oficios altamente rentables cuyas herramientas cabían en una maleta y podían monopolizar en poco tiempo.

El camposanto a 400 metros del Fuerte aún en pie no era un problema importante para la aldea. El vecindario crecía en direcciones contrarias a ese sur que presentaba una pequeña sierra a sus espaldas, una especie de lápida gigante sobre el conjunto de tumbas desordenadas. Un irlandés o un vasco podían creer que habían vuelto a su tierra y se detenían frente a un megalito, el túmulo de una tumba colectiva neolítica. El muro que se construye entonces para delimitar el espacio de los enterramientos, obligó a trasladar cajones de

finados, tarea que duraría alrededor de dieciocho años. Letamendi, que fabricaba sillas o mesas para que los vecinos no comiesen de pie o se sentasen en incómodas caderas de ganado vacuno, consiguió un nombre y un lugar social dos décadas más tarde, cuando hubo que emplear aprendices para ampliar y abastecer ese rubro. Los ladrilleros vascos también estaban en la mirada y el comentario del pueblo; en marzo de 1859, a poco de pacificarse nuevamente el tema indígena y de acabar la separación de la provincia con el resto de país, “los ediles municipales [tandilenses] se quejan que Ramón Miguélana, Pablo Garrasa y José Otero no han entregado ladrillos para el cementerio en la forma convenida, decidiéndose a conminarlos a la entrega” (Fontana, 1947, p. 77).

Un muro pequeño en una parcela de dos hectáreas no podía conllevar cinco años. En momentos de epidemias y malones lejanos, los ladrillos eran prioritarios para viviendas y edificios. El país tenía un déficit habitacional pronunciado, equilibrado al principio con tanta muerte y una llegada lenta de oleadas de extranjeros. Pero a fines de la década del sesenta, los extranjeros y criollos que dudaban en ir a la frontera, hicieron las maletas con los primeros muertos del cólera y luego la fiebre amarilla. A principios de 1872 se encargó a los españoles Juan Bicondo y Miguel Maritorena 250 000 ladrillos para el cementerio tandilense proyectado (Fontana, 1947, p. 103). A las epidemias se sumaron treinta y seis muertes en una sola mañana de enero, lo que hacía imposible no recordar los contagios que aún rondaban en las conversaciones del vecindario. Mientras que el muñón del Estado local no tenía recursos humanos ni asistencia básica para una zona diez veces más grande que cualquier pueblo ordenado, al juez de Paz tandilense que observaba el rancherío marginal se le cruzaban impulsos de Nerón para terminar con el problema.

En medio de la epidemia se acrecentaba el número de huérfanos, los hombres juntaban el ganado de los que habían marchado hasta que se decidiese qué hacer con él, los más viejos entraban a los ranchos y quemaban ropa en un descampado. Como niñas de Ayohuma y sin generales que les ordenasen nada, decenas de mujeres de aque-

llos pueblos ponían trapos mojados en los moribundos, rancho por rancho.

Ocuparse de los vivos y los muertos, de los desamparados. Una agenda sin descanso para muchos y, de tanto en tanto, un impropio que retumbaba en el pueblo cuando alguien encontraba un vecino emborrachado o escapando a una obligación. En Tandil, las matanzas de extranjeros del 1° de Enero de 1872 desbordó el vaso, hizo tomar cartas en el asunto a locales y foráneos. Treinta y seis cadáveres en el pórtico del municipio con temperaturas elevadas y una multitud de curiosos que se acercaban a las carretas aceleró decisiones. Cambiar el cementerio de lugar era una, buscar médicos que le diesen una mano a Fuscchini, otra; traer un boticario que complementase las ramas de verbena y San Pedro, no era un tema menor. La creación de una sociedad mutual que reemplazase las escasas habitaciones del consultorio del médico, imprescindible. Aquello replicaría cubrir otras ausencias sin demora. El cementerio no podía quedar librado a manos de Dios ni sus secretarios terrenales, pero menos al cuidado de cada vecino que cortase el pastizal alrededor de la tumba de un familiar. Un zanjeador podía cavar una tumba, pero cuando fueron treinta y pico en pocas horas, además del traslado de los muertos recientes que reclamaron sus familiares, hizo falta un sepulturero permanente. También colaboradores para que el carpintero Letamendi se convirtiese en el hijo bíblico de José y multiplicase féretros en vez de panes. Conseguir carreteros que buscasen madera en el Tuyú no era tarea fácil. La opción de una sábana blanca que los convirtiese en finados orugas era la última, aunque siempre mejor que el fuego.

La epidemia, música solemne que reemplazaba un cielito y aquietaba ritmo de botas, cambiaba el espíritu del escenario. El drama desplazaba la comedia, empujaba cualquier risotada lejos del case-río. Aunque el cansancio provenía con el estancamiento del virus en un poblado, los vecinos ponían el hombro, escuchaban a los inteligentes o tomaban riendas en los que se consideraban competentes. De todos modos, una coyuntura deficitaria en múltiples aspectos

demandaba experticias poco complejas. Una epidemia era la peor de las visitas, situación que se agravaba si llegaba en época de sequía. Un oficio frecuentemente asignado a irlandeses y vascos en buena parte de la pampa húmeda ha sido el de pocero, indispensable para la construcción de viviendas y pozos de agua, tanto en la zona urbana como rural, y sobre todo para la realización de jagüeles para el ganado (Fontana, 1947; Mac Cann, [1853] 2001; Panetieri, 1987; Sbarra, 1973). Aunque esta actividad era demandada en toda la provincia, la escasez del vital elemento engrandecía la figura de los poceros especialmente en algunas regiones, especialmente las más secas.

Los jagüeles más interesantes son los de la provincia de La Pampa, perforados por poceros vascos... Terminada la conquista del 'desierto', el problema más inmediato y árduo que tuvieron que afrontar los colonos –eúskaros, italianos y franceses– fue el del agua, pues que aparte de su escasez, se la hallaba a grandes profundidades: más de 150 metros en la parte norte y sudoeste (Sbarra, 1973, p. 163).

El reducido número de vascos poceros y zanjeadores que registran las cédulas censales en distintos pueblos de la provincia no concuerda con las frecuentes citas bibliográficas sobre los vascos 'monopolizando' esa actividad (Sbarra, 1964, p. 82). Sin embargo, y en la creencia de que aquel oficio debió ocultarse en el rubro jornaleros, "alrededor de 1858, cuando el fortín de los Tres Arroyos agrega una nueva avanzada hacia el sur, los vascos del Tandil cavaron su foso" (Fontana, 1947, p. 108). ¿Era el oficio de zanjeador la tarea principal de aquellos vascos? ¿Era una más entre tantas? ¿Eran tan conocidos en la zona por su oficio que les ofrecieron cavar el foso de un fortín?¹¹ En 1869, cuando gente de la municipalidad de Tandil buscaba un hombre que se responsabilizara de la atención del cementerio por 400 pesos mensuales y 30 pesos por cada fosa que abriera de cin-

¹¹ Muchos de los vascos que se quedaron a defender el Fuerte Independencia durante el ataque indígena de 1855, se encontraban allí ocupados en tareas de reconstrucción –posiblemente en sus fosas– y apuntalamiento del mismo.

co cuartas de profundidad, se presentó Pedro Hegoburu, el que por muchos años libró al pueblo del nerviosismo que siempre le produjo el estado de su necrópolis. El vasco Hegoburu –que sin duda estuvo en el comentario de todos los tandilenses–, de 55 años, declaró ese mismo año ser “jornalero”. Seguramente hacer pozos y zanjas eran tareas adicionales que podía realizar cualquier trabajador afectado por la estacionalidad característica de las actividades principales. En una epidemia, no había expertos que le quitasen la pala al padre o esposo de un fallecido que se afanaba en hacer la mejor tumba, estirando un vínculo que se volvería inevitablemente difuso al bajar por la loma del camposanto al rancho donde ahora sobran cosas.

A modo de epílogo

La epidemia, visita inesperada, no golpea las manos en la puerta de cada casa, sino en la entrada de cada pueblo.

Como un barco a la deriva, la peste suele atracar en puertos con poco control, muelles desvencijados que llevan directo al corazón del pueblo atravesando barriadas pobres. La traza urbana decimonónica, proyectos supuestamente pensados para tener agua cerca pero también evitar catástrofes, solía dedicar parte sustancial del esfuerzo a reservar la acrópolis donde proteger la élite local, dejando librado al azar al resto. Un Estado nacional y provincial conformado por cien familias, ubicó las piezas importantes del ajedrez en cada tablero antes de la partida. Vivir cerca del fortín y el arroyo, en acaso la única lomada de esos rincones pampeanos, era ideal. Ello invita a imaginar la ruta de las pestes en un plano, derroteros donde un pirata sin parches ni patas de palo saqueó vidas a su paso. Llama la atención, a propósito de estas metáforas que abren las conclusiones, la humanización del virus. Es frecuente escuchar comentarios sobre “este bicho” que pareciese jugar una partida de ajedrez con el homo sapiens sapiens, empecinado con dar jaque mate a los sectores populares sin pisar countries ni barrios acomodados. En el mismo

renglón, opacando la realidad de capitalismo voraz que ha convertido grietas en abismos sociales, la naturaleza suele ser otro recurso a mano para no enfocar el verdadero problema e intentar resolverlo. De tanto en tanto, se escucha aquí y allá, “la naturaleza se harta de nuestros abusos y nos pega un cachetazo”, frase que simula una pelea a oscuras que impide reconocer al verdadero golpeador. El hombre, síntesis no menos errónea de enfocar la tala indiscriminada de bosques y selvas o el uso intensivo de un suelo que se agota, es otra manera de sumarnos a un colectivo que hace tiempo nos dejó a pie para seguir su marcha con apenas un puñado de personas aunque cuente con muchos asientos vacíos.

Aunque hubo virus cerca de los humanos desde los primeros bosques sociales, hace relativamente poco que se implementan políticas de prevención, controles de frontera y establecimientos para contrarrestar la irrupción de una peste, como los capítulos de Ramaciotti y Testa, Molinari, de Paz Trueba y Masán en este mismo libro refieren en relación con diversos momentos y enfermedades. Los Estados arcaicos, pongamos por caso Mesopotamia y Egipto, trazaban políticas con mentalidad imperial, paneos que observaban tierras y campesinos propios o conquistados, líneas imaginarias donde se podía improvisar un cortafuegos quemando aldeas o matando a sus propios tributarios ante la llegada de una plaga. Más tarde, una Roma con su corazón patricio, espacioso y agua fresca, además de cloacas, se rodeó de plebeyos que tomaron las armas para expandir la nación perdiendo sus tierras, que nutrieron de vasijas y platos de cerámica a sus vecinos o se convirtieron en clientes que, sin tierra ni oficio, esperaban un mendrugo de pan en el pórtico de un senador al que luego acompañaban en la agenda diaria. Algo similar, con más espacios públicos y campos, sucedió en Grecia, aunque allí la epidemia más importante vino de la mano de soldados en una guerra demasiado larga y difícil de sostener lejos de casa. La comparación con los soldados argentinos volviendo de Paraguay en época de Sarmiento es solo un ejemplo para sumar a la lista. Acaso la movilidad sea una variable vital en el devenir histórico de las epidemias, en

sus complejidades, avances hacia un creciente poder de adaptación a climas y geografías. Ello nos anima a pensar, desde un punto de vista puramente analítico, si acaso desbordar como especie el nicho africano en el que evolucionamos hasta Erectus, no es la punta de una larga mecha que explota hoy en distintos puntos del planeta. No es necesario volver sobre la gripe que viajó con los conquistadores a América hace quinientos años ni la Inglaterra fabril y el hacinaamiento que demandó tantos litros de tinta como de sangre y vómitos. Los enterradores de las zonas industriales supieron de pestes y contagios, de desembarazo rápido de aquellos cuerpos lidiando con familiares.

Es imposible, llegados hasta aquí, no relacionar –aunque sin extendernos en ello– las pestes con el desarrollo y agotamiento –acaso mutación– del capitalismo. Nos referimos a esa fase del sistema que desplaza multitudes a la periferia, a la supervivencia en medio de hambrunas inimaginables, pórtico ideal a virus que encuentran cuerpos debilitados. Espacios de tránsito ligero para las pestes que forman parte funcional de escenarios mayores, con zonas donde sus moradores bien alimentados y con sanidad privada permanecen en la segunda valla a saltar por la epidemia. Y allí es imposible no incorporar al Estado, a distintos gobiernos con ideas liberales o inclusivas en una Latinoamérica siempre tironeada o inducida por alguna potencia a recortar gastos esenciales para el conjunto. No es casual que las organizaciones sociales acudan más rápido que los organismos estatales a socorrer a las víctimas de la periferia, al porch de la ciudad, esa rayuela cruel donde los niños comienzan el juego esperando llegar al cielo y terminan en el infierno. Irónicamente, amontonamientos de viviendas precarias sin porch, donde el living se arma cada día con dos o tres sillas en la pared que calienta el sol.

Las epidemias a lo largo de la Historia nos muestran diferencias propias de cada época –mejora en los traslados, en la sanidad, estado vial y comunicaciones– pero también elementos en común. Hemos puesto atención en la ausencia de prevención, en políticas que lejos de ser de Estado sufren altibajos y relajamientos en épocas de bo-

nanza, destinando sus presupuestos a lo económico, la política o el embellecimiento de sectores de esos pueblos y ciudades. La salud y la prevención, además de la posibilidad de una epidemia, no suelen aparecer en los primeros renglones de muchos países, especialmente a partir del aumento de gobiernos liberales atentos a privatizar aquel y otros rubros tan importantes como la educación y la vejez.

También hemos observado, con cierta ligereza, los mecanismos psíquico–sociales del fenómeno de la pandemia. El miedo creciente, el terror de la visualización de los primeros casos, la soledad de los familiares ante el arrebato de los cadáveres y la ausencia de ceremonias básicas. Pero también la intervención espontánea de vecinos que colaboran sin cuestionar si una tarea les corresponde o acaso debería cubrirla el Estado. La pandemia actual, tan distinta y distante de otras, incluso las del reciente siglo XIX, nos muestra una bisagra en cuanto a la movilidad de los humanos y el contagio planetario en poco tiempo, en la postura frente a la pandemia de algunos grupos que podríamos tildar de anarco sanitarios, en la diferencia abismal en las políticas sobre el fenómeno entre gobiernos neoliberales y aquellos tildados de populistas, aunque en realidad se trate en muchos casos de gobiernos inclusivos y progresistas. Si en los techos de los primeros aparecen representantes de una derecha camuflada de republicanismo que representa a los sectores económicos poderosos, en la base de los populismos latinoamericanos brota la solidaridad de merenderos y voluntarios como agua de manantial. La ciencia desplazando a la fe –a excepción de los curas villeros que dedican más energía a buscar harinas que a rezar–, no es menos novedosa, pero vuelve a dar otra puntada que nos topa con Tucídides, el primer hombre que explicaba los sucesos de sus coterráneos sin la intervención de los dioses. La carrera internacional por obtener la vacuna con visos de guerra fría es la frutilla podrida de una torta agria y desabrida, tan distinta al modesto pero sabroso pan casero amasado y compartido en improvisados livings barriales de los márgenes de un agónico capitalismo.

Bibliografía

AA.VV. (1991). El cólera en la Argentina. *Todo es Historia*, 286, 12–49.

Alcorta, Santiago (1873). El juez de Paz de Las Flores sobre exhumación de cadáveres [Respuesta a Apolinario Cisneros 23 de enero de 1873]. AHPBA, FMG, legajo 2, expediente 42, folios 4–5. Buenos Aires.

Aneiros, Federico (1866). [Nota del secretario del Arzobispado de Buenos Aires, Federico Aneiros, al cura vicario del Tandil]. Archivo de la Parroquia Santísimo Sacramento de Tandil [APSS], folio 1. Buenos Aires.

Aquarone, Nicolás (1868). Nota del cura de Zárate pidiendo remedios para el cólera. [Carta al vicepresidente Alsina] AHPBA FMG, legajo 5, expediente 487, folios 9–10. Buenos Aires.

Archivo de la Parroquia Santísimo Sacramento de Tandil [APSS] (1871). [Circular. Al Sr. Cura Vicario de Tandil, 29 de marzo de 1871]. APSS, folio 1. Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Ricardo Levene [AHPBA]. Fondo Ministerio de Gobierno [FMG] (1868). Sobre desarrollo del cólera en Arenales. [Carta a Nicolás Avellaneda, legajo 2, expediente 180, folios 5–6]. Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Ricardo Levene [AHPBA]. Fondo Ministerio de Gobierno [FMG] (1969). Sobre construcción de un cementerio y una capilla en General Alvear [Solicitud al gobierno provincial de Buenos Aires]. AHPBA FMG, legajo 15, expediente 1120, folios 2–3. Buenos Aires.

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Ricardo Levene [AHPBA]. Fondo Ministerio de Gobierno [FMG] (1873). El Juez de Paz de Las Flores sobre exhumación de cadáveres [Carta al ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, 17 de enero de 1873]. AHPBA, FMG, legajo 2, expediente 42, folio 3. Buenos Aires.

Armaignac, Henry ([1883] 1976). *Viaje por las pampas argentinas. Cacerías en el Quequén Grande y otras andanzas. 1869–1874*. Buenos Aires: Eudeba.

Avellaneda, Nicolás (1868). [Respuesta al presidente de la Municipalidad de Arenales]. AHPBA FMG, legajo 2, expediente 180, folio 7. Buenos Aires.

Caja Municipal de Tandil (1869). *Planillas de Entradas y Salidas*. Tandil: (s/d.).

Cisneros, Apolinario (1873). El juez de Paz de Las Flores sobre exhumación de cadáveres [Correspondencia al ministro de Gobierno, 17 de enero de 1873]. AHPBA, FMG, legajo 2, expediente 42, folio 4. Buenos Aires.

Diario El Nacional (1871).

Diario La Nación (1871). Buenos Aires

El Monitor de Campana (30 de octubre de 1871). Ausilios espirituales. *El Monitor de Campana*, 19.

El Nacional (23 de marzo de 1871). Novena. (s/d.)

Fiquepron, Maximiliano (2017). Los vecinos de Buenos Aires ante las epidemias de cólera y fiebre amarilla (1856–1886). *Quinto Sol*, 21 (3), 1–22.

Fiquepron, Maximiliano (2018). Lugares, actitudes y momentos durante la peste: representaciones sobre la fiebre amarilla y el cólera en la ciudad de Buenos Aires, 1867–1871. *Historia, ciencia, saude–Manguinhos*, 25 (2), 335–351.

Fiquepron, Maximiliano (2020). *Morir en las grandes pestes. Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Fontana, Osvaldo (1947). *Tandil en la Historia*. Tandil: (s/d).

Fresco, Modesto (1868). Sobre gastos del lazareto de Dolores [Carta a Nicolás Avellaneda]. AHPBA, FMG, 28/01/1868, legajo 2, expedientes 159, folios 4–5. Buenos Aires.

Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (1872). Primer Censo de la República Argentina verificado los días 15, 16 y 17 de setiembre de 1869. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir. Recuperado de: <http://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/Estadistica/censos/C1869-TU.pdf>.

Irianni, Marcelino (2010). *Historia de los vascos en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.

Larsen de Rabal, Alice (1989). *Memorias de Juan Fugl: vida de un pionero danés durante 30 años en Tandil, Argentina, 1844–1875*. Tandil: s/d.

Leanos, Adolfo (1868). Sobre estragos de cólera en Las Flores. [Carta a Nicolás Avellaneda]. AHPBA FMG, legajo 2, expediente 122, folios 3–6 y 9–10. Buenos Aires.

Letamendi, Francisco (1871) La Municipalidad de Rauch acompaña una ordenanza prohibiendo bailar en los velorios [Ordenanza municipal, 29 de marzo de 1871]. AHPBA, FMG, legajo 12, expediente 822, folios 4–5. Buenos Aires.

Mac Cann, William ([1853] 2001). *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Taurus–Alfaguara.

Panettieri, José (1987). Los cuenta propia. *La vida de nuestro pueblo*, 4. Buenos Aires: CEAL.

Revista Argentina, Tomo X, pp. 599–600. Buenos Aires.

Rodríguez, Laura; Rivero, Dolores y Carbonetti, Adrián (2018). Convicciones, saberes y prácticas higiénicas argentinas en la segunda mitad del siglo XIX: sus condiciones de posibilidad en los estudios de las epidemias de cólera, 1868, 1871 y 1887. *Investigaciones y Ensayos*, 66. Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/89270/CONICET_Digital_Nro.ce-40c96a-96d2-4005-b6e7-4025f25f4847_G.pdf?sequence=8>.

Sbarra, Noel (1964). *Historia del alambrado en la Argentina*. Buenos Aires: EU-DEBA.

Sbarra, Noel (1973). *Historia de las aguadas y el molino*. Buenos Aires: EUDEBA.

Segura, Germán (1868). Tesis: Cólera morbus epidémico. Facultad de Medicina. Buenos Aires: Imprenta del Plata.

Semanario El Plata ilustrado. Semanario de Literatura, Arte, Modas y Ciencias (1872). Buenos Aires.

Sociedad de Socorros Mutuos de Ayacucho (1875). Estatutos. Buenos Aires: Imprenta Rural.

Sorresso, Vito (1868). Sobre la desaparición del cólera en Saladillo [Informe al gobierno provincial, 20 de marzo de 1868]. AHPBA, FMG, legajo 4, expediente 319, folios 3–4. Buenos Aires.

Terrada, José (1877). Apuntes para una Memoria de *Statu Animarum* de la Parroquia del Santísimo Sacramento del Tandil. Archivo de la Parroquia Santísimo Sacramento de Tandil [APSS], folio 3. Buenos Aires.

Wilde, Eduardo (1878). Controversia sobre la epidemia de 1871. *Tiempo perdido*, Tomo I.